Historia de vida

Cansada, pero no rendida: Iris y las mujeres que hacen comunidad

Iris Zamora Cabezas



Apoyado por: CONSEJO NORUEGO PARA REFUGIADOS
Implementado por: Lunita Lunera Fundación
Financiado por: Noruega

“Mi historia no es mucha”, comienza.

Iris Zamora Cabezas tiene 51 años y vive en Bellavista – Puerto Limón. Lo dice como si su vida pudiera contarse en pocas palabras. Pero mientras habla, aparecen las madrugadas en las que se levanta para preparar comida, los años que pasó en Quito, sus hijos y sus nietos, una pérdida que todavía la acompaña, los bingos, las rifas, las mingas, las mujeres con las que se organiza, las niñas, niños y adolescencias del barrio y una casa comunal que, hasta hace poco, parecía condenada al abandono.

Nuestra conversación había comenzado mucho antes de encender la grabadora. Con entusiasmo nos cuenta que convocó a sus compañeras de Mujeres sin Barreras para que la acompañen. “Tienen que venir con la camiseta”, dice con gran expectativa. Aunque un poco nerviosa, Iris tiene ganas de contar; salta de un recuerdo a otro y, cada tanto, aparece una anécdota que parece pequeña hasta que se mira de cerca. Entonces resulta que en cada esquina tiene una historia sobre lo que significa cuidar, organizarse y no quedarse quieta.

“A mí me gusta moverme y trabajar, no estar en un solo lado”, repite en varias ocasiones y, claramente, de eso se trata su historia. De todas las veces que se ha movido para conseguir lo que busca. Hoy, sus objetivos son distintos a los que tenía antes de volver a Esmeraldas; trabajar para el barrio, para la gente y para sus niños, como ella los nombra. “Aunque yo tenga carácter fuerte a veces, me gusta estar con ellos”.

Seguir, aunque el cansancio esté ahí

Su día comienza temprano; a las cuatro o cinco de la mañana ya está despierta. Iris trabaja vendiendo comida. “A las cinco cocino, trabajo hasta las once, voy al mercado y compro mis cosas”. Buena parte de sus días transcurre entre esa actividad y el trabajo comunitario. Los días que debe asistir a los procesos de enseñanza-aprendizaje son más complicados. Hay veces en que llega cansada, pero eso no significa que vaya a detenerse. “Salgo cansada pero no rendida”, dice como si esta frase pudiera resumir su manera de vivir.

Iris sabe que tiene responsabilidades, que el tiempo no siempre alcanza y que participar en la comunidad también implica poner la cuerpa. Pero cuando hay una actividad, un taller o una minga, busca la forma de estar.

“Mi don es trabajar con los niños. Me encanta”. Habla de ellos con una familiaridad que no parece necesitar demasiadas explicaciones. Dice que son como sus hijos. En el barrio la conocen como la tía Iris y ella lleva esa forma de nombrarse con naturalidad.

“Yo comparto con todo el mundo. Yo soy la tía Iris. Con todo el mundo llevo súper que bien”.

Parte de esa cercanía tiene una historia detrás. Iris tuvo un hijo con discapacidad que falleció a temprana edad. Hablar de él aparece como una de las razones que explican su vínculo con las niñeces y, también, su deseo de trabajar con personas adultas mayores. “No sé, me nace por eso trabajar con los niños y los adultos mayores”. No presenta esa experiencia como una explicación definitiva de su vida. Simplemente está allí, formando parte de aquello que la mueve.

Cuando habla de las actividades con las niñas y los niños, vuelve a aparecer una palabra: felicidad. “Me siento orgullosa cuando tenemos convivencias. Eso me hace sentir bien. Cuando consigues algo que quieres”.



Volver para encontrar otro camino

Iris se fue de Esmeraldas cuando tenía alrededor de quince años. En ese momento, recuerda, no había muchas fuentes de trabajo. Se casó y se trasladó a Quito, donde vivió durante aproximadamente veinticinco años. “Fue un poquito duro, pero salimos de todas esas”.

En Quito crecieron sus hijos. Tuvo cinco, dos de ellos ya fallecieron. Ahora tiene 6 nietos que se encuentran entre Quito y Esmeraldas. Uno de ellos todavía vive allí y dos de sus nietos entrenan fútbol. “Son futbolistas como nadie, el uno tiene 10 y el otro

otro 7. En dos mundiales más, les vemos en la selección", se ríe y se puede notar el cariño y orgullo al hablar de la familia que construyó. Habla de ellos con entusiasmo y, aunque hoy vive nuevamente en Bellavista, Quito sigue siendo parte importante de su historia.

En Quito también hizo su carrera. Estudió para ser chef, profesión que ahora la sostiene económicamente. "Fue una experiencia bien linda porque de esto yo aprendí a cocinar. La verdad es que no sabía, hasta el agua se me quemada. Pero aprendí a cocinar estudiando", comenta mientras nos muestra una foto enmarcada junto a sus compañeros en su graduación.

Recuerda sus años en Quito con mucho cariño, ahí creció su familia, ahí cuidó de su niño con capacidades especiales y sigue siendo el hogar de varios de sus hijos y nietos. También reconoce que fueron tiempos duros en los que necesitó de mucha fuerza para sostener la vida fuera de su comunidad.



Su regreso ocurrió después de divorciarse y de dejar su trabajo. Cuando cerraron el lugar donde trabajaba, Iris decidió volver a la casa que había conservado en Bellavista – Puerto Limón.

Regresar significó también recuperar una forma distinta de sostenerse. Descubrió que trabajar por cuenta propia no es solamente una cuestión económica. También significa decidir sobre su tiempo y sobre la manera en que quiere vivir.

"No me gusta trabajar para nadie, solo para mí". Lo dice con la seguridad de quien ha descubierto que su autonomía también significa entregarle más tiempo y dedicación a las personas de Puerto Limón que necesitan acompañamiento.

¿Cómo fue regresar? ¿Cómo es la vida después del matrimonio? Ella responde con otra pregunta ¿Soltera?, ¡feliz! Luego se ríe. "Nadie

te molesta, haces lo que quieres. Por eso estoy sola. Voy donde quiera, hago lo que quiera y trabajo en mi casa comunal y nadie me está diciendo que no vaya".

Hay algo de esa libertad que también parece haberse trasladado a su forma de participar en la comunidad. Iris no quiere quedarse quieta. Le gusta moverse, conocer, aprender, participar en distintos espacios.

"Verá, le cuento" – cuénteme todo lo que quiera, le respondí, segura de que cuando me dijo que su historia era corta, me estaba mintiendo-.

"Tengo una prima que, siempre dije que la iba a nombrar cuando me pregunten cómo empecé a trabajar con la comunidad. Yo le decía, prima, lléveme a talleres y a otras actividades porque a mí me encanta moverme y trabajar y no estar en un solo lado. Un día viene y me dice, prima, vamos a un taller en la Fululu y ahí comencé".

Iris fue convocada para ser parte de la primera fase del proyecto Comunidades en Acción: nuestro rumbo es colectivo, una iniciativa de la Fundación Lunita Lunera en conjunto con el Consejo Noruego para Refugiados y financiada por el Gobierno de Noruega.

Fue así como comenzó a involucrarse en nuevos procesos comunitarios y ya no hubo quien las detenga.



Si ellas se mueven, yo me muevo

Para Iris, organizarse entre mujeres significa reconocerse como iguales. La fuerza aparece precisamente allí, cuando ninguna necesita colocarse por encima de las otras. "Vernos como iguales nos hace más fuertes". Es por eso por lo que considera que una de las cosas más importantes que les han dado los procesos comunitarios es la capacidad de organización colectiva de las mujeres en su comunidad.



Bellavista – Puerto Limón ya contaba con un grupo de mujeres consolidado pero que, por distintos motivos, había reducido su capacidad organizativa. Entonces, al encontrarse, nuevamente, en Comunidades en Acción: nuestro rumbo es colectivo, retomaron sus actividades como Mujeres Sin Barreras.

Se incorporó al grupo y, poco a poco, comenzaron a fortalecerse, cuenta. Hicieron un logotipo y mandaron a hacer camisetas. Sí, las mismas que debían llevar puestas para acompañarla en la entrevista. Luego, empezaron a moverse por distintos espacios. Hoy Iris es quien coordina el grupo, pero no entiende ese lugar como una posición desde la que decide por las demás. Cuando se reúnen, toman decisiones juntas. “Si ellas se mueven, yo me muevo. Si nos quedamos sentadas no logramos nada”.

También sabe que los grupos necesitan personas que motiven. No porque una sola persona pueda resolverlo todo, sino porque alguien tiene que dar el primer impulso para que las demás comiencen a caminar.

“Una persona sola no logra nada. Una motiva al resto”, lo ha comprobado. Cuando dice “hagamos tal cosa”, sus compañeras están allí. La acompañan, colaboran, buscan cómo hacerlo posible. “No son personas que me dejan sola. Están presentes y siempre colaboran conmigo”.

Esa reciprocidad aparece también fuera de Mujeres Sin Barreras.

Para Iris, la comunidad se sostiene en pequeños aportes. Un dólar para un bingo. Una donación para una actividad. Una mano para una minga. Recuerda especialmente una Navidad en la que no tenían

caramelos para compartir con las niñas y los niños del barrio.

“Siempre hay un ángel”, comenta con nostalgia. “Me mando caramelos, pollos, hice un arroz que alcanzó casi para todos los niños del barrio. Me encanta cuando tu caminas y la gente está presente con su granito de arena”. Para ella, eso también es comunidad.

Una casa comunal que volvió a tener vida

Cuando Iris habla de Bellavista, hay algo que distingue especialmente: la casa comunal. Es inevitable detenerse en esta historia varias veces a lo largo de la conversación pues, la casa comunal se ha vuelto crucial para la vida de la comunidad.

La primera vez que la vio, dice, daba pena, “era fea... fea, fea”, reitera para que nos demos cuenta el nivel de abandono en el que estaba este espacio. Incluso había personas que no sabían que existía una casa comunal. Fue a través de los procesos acompañados por Comunidades en Acción: Nuestro Rumbo es Colectivo que conocieron el espacio y comenzaron a involucrarse en su recuperación.

“La casa comunal es nuestro lugar”, comenta con cariño. Recuerda también, su primer acercamiento con Angie, la técnica de la Fululu que le comentó que podrían ayudar en la recuperación de la casa comunal. “A penas ahí me enteré de que teníamos este espacio y que podíamos hacerlo nuestro”.

No fue solamente una obra de infraestructura. Fue un proceso hecho de tiempo, trabajo y recursos reunidos poco a poco. Aunque reconoce que, sin la ayuda externa, no hubiera sido posible recuperarla



como está ahora, también reconoce que, para lograrlo, hicieron bingos y rifas. Pusieron dinero de sus bolsillos. Trabajaron con bloques, arena y cemento. Se organizaron y se repartieron las tareas.

Mientras conversamos, la planificación para la minga de esa semana sucede en segundo plano. “Ya estamos organizadas, haremos turnos”. Entonces volvemos a la realidad de su rutina. Despertar a las cuatro de la mañana, preparar refrigerios y almuerzos, ir al mercado, preparar todo para la cocinada del siguiente día y, a las once de la mañana, aproximadamente, empezar su turno. Ese día, cuenta, iban a pintar la casa comunal y dejarla más bonita.

El resultado no se mide solamente en paredes arregladas. Ahora Iris disfruta ver la casa llena de niños. Ese espacio que antes parecía abandonado se convirtió en un lugar para reunirse, aprender, jugar, organizar actividades y pensar qué más pueden hacer juntas.

La casa comunal también se convirtió en una prueba concreta de lo que Iris repite durante toda la conversación: cuando las personas se organizan, algo puede cambiar.

No dejar a nadie atrás

Cuando habla de lo que quiere para la comunidad, Iris vuelve a las niñas, niños y adolescentes. Le preocupa lo que ocurre alrededor. La violencia ha cambiado la manera en que las personas habitan el barrio. Recuerda con nostalgia que, antes de irse a Quito, se podían hacer comidas en la calle, tener convivencias, las niñeces jugar hasta tarde y amanecerse. Era posible quedarse afuera hasta que anocheciera sin pensar demasiado en lo que podía pasar.

Ahora es diferente. Cuenta que ya no se puede hacer lo mismo. Si alguien permanece afuera hasta muy tarde, existe el temor de que aparezcan “los gavilanes del oeste” dice ella entre risas aunque todas



sepamos que es por precaución, pero también con una esperanza muy concreta: que el barrio pueda volver a vivir tranquilo.

“Vivir así es un caos”, comenta ya casi para terminar nuestra conversación, pero segura de que, aunque trabajen juntas para que la comunidad se convierta en un lugar donde las personas se sientan protegidas, no es la única mano que debe moverse para hacer de este sueño una realidad.

Por ahora, dice, Bellavista está tranquilo. “Estamos en paz. No queremos más desgracias. Es duro lo que estamos viviendo. Necesitamos que las autoridades hagan algo”.

¿Cómo te gustaría verte en 5 años? Entonces se asoma una premisa que ha estado flotando durante toda la entrevista pero que no había sido nombrada. La tranquilidad. “Quiero estar tranquila e irme a una isla donde nadie me moleste. Irme con mis hijos y estar feliz”. Le es difícil pensar en el futuro cuando vive un presente lleno de añoranza por un pasado en el que, ella recuerda, podía vivir sin miedo.

Poder caminar, jugar y reunirse. Hacer una comida en la calle sin miedo. Aunque no sea en una isla, esa es la tranquilidad que busca. Heredarle a sus nietos eso por lo que tanto trabaja.

No es una expectativa menor, pues, la tía Iris tiene una familia muy grande. Su preocupación por las niñeces y adolescencias del barrio tiene la misma raíz. Quiere que tengan espacios donde puedan estudiar, aprender, jugar y ocupar su mente en otras cosas. “Yo quiero seguir trabajando para que mis niños de mi barrio no se vayan por otro camino. Que se vayan por el buen camino”, agrega como si estuviera entregándonos una declaración de principios.

Seguir caminando

Iris reconoce que el trabajo comunitario también le ha ayudado a ella. Después de tantos años y de distintas experiencias, estar en comunidad le permite mantener la mente ocupada, encontrar personas con quienes conversar y sentir que todavía hay cosas que pueden hacerse.

“Estar en comunidad es una bendición, así se me va el estrés” dice. Quizás por eso le cuesta imaginarse alejándose. “Mientras que yo esté aquí no lo van a abandonar”, lo dice pensando en su barrio; en las mujeres que la acompañan. Cuando alguna compañera dice que ya no quiere continuar, Iris intenta convencerla. Está convencida de que todas son capaces de lograr esto y mucho más.

“Ellas caminan conmigo por eso somos un grupo de mujeres sin barreras, yo sé que ellas sí pueden”.

No quiere que las mujeres abandonen los procesos cuando las cosas se ponen difíciles. Quiere que busquen ayuda, acompañamiento y nuevas formas de seguir. Porque el trabajo, para ella, no termina cuando concluye un proyecto.

Su deseo es que continúen en la lucha, que la organización permanezca, que la casa comunal siga llena, que cada día se vea más bonita, que las mujeres sigan reuniéndose que las niñas, niños y adolescentes encuentren otros caminos, que las personas adultas mayores también tengan espacios donde participar.

Cuando le pregunto qué le ha dejado este proceso, responde: “ser feliz y seguir con mis niños”. Quizás por eso su historia sí es mucha. Está en las madrugadas, en la comida que prepara para sostenerse, en los en los caramelos que llegan cuando parece que no alcanzan, en el dólar que alguien aporta para un bingo, en las mujeres que se levantan temprano para una minga, en los bloques que cargaron juntas y en una casa comunal que pasó de ser un lugar abandonado a convertirse nuevamente en un espacio de encuentro.

Está también en una idea que Iris repite de distintas maneras: nadie puede hacerlo sola. Una persona puede motivar a otra. Una mujer puede llamar a otra. Un grupo puede crecer. Una comunidad puede recuperar un espacio.

Y entonces, quizás, seguir caminando sea precisamente eso: no quedarse quietas mientras todavía haya algo que construir. Mientras haya niñas y niños esperando un lugar donde jugar. Mientras haya mujeres dispuestas a moverse. Mientras exista una casa comunal que llenar de vida.

Apoyado por: NRC CONSEJO NORUEGO PARA REFUGIADOS
Implementado por: Lunita Lunera Fundación
Financiado por: Noruega

